

de arriscamiento y despejo, y prometa de sí grandes cosas. Pero su mala educación, y la perra levadura de su sangre, la herencia fisiológica, la ralea, dieron sus frutos de maldición, y el hijo del presidiario y de la mala hembra, aficionado al vino, al juego, á todos los vicios, robó un día á su generoso amo, tomando su nombre y aun su firma, que maravillosamente contrahizo, para cobrar cierta importante suma, con la cual, sin duda, pensaba fugarse, no sé si á Ultramar, con otros golfos de su laya.

Pero avínole mal, porque López-Blanco le cogió con el hurto en las manos, y á punto estuvo de enviarle á presidio, ó de aplastarle allí mismo el cráneo contra la pared, por villano y mal nacido, como se aplasta á un reptil venenoso.

Pero pasado el primer ímpetu, y mientras el mozo, que era cobarde á fuer de traidor, se arrastraba á sus pies llorando acogojadamente y pidiéndole perdón de rodillas, mi noble amigo, piadoso con todo vencimiento y magnánimo hasta la insensatez, pensó que aún era tiempo de salvar á aquel desdichado excitando su enorme amor propio, despreciando su ambición y tratando de regenerarle por medio del trabajo y de la gloria.

Y ¡tonto é inocente de él!—abrióle los brazos, tratóle como á hijo culpable y perdonado. Estimuló su vanidad, fustigó su ambición, asocióle á sus proyectos... le inició en los secretos de su divino arte... en suma, fué su maestro, su protector, su padre!

Mas no salió el discípulo á su maestro, no sintió nunca la generosa poesía del bien y de la belleza. Como todos los menguados y envidiosos, se inspiró siempre en la sátira; no en la grande sátira justiciera de Juvenal, de Quevedo y de Tirso, sino en la negativa, mordedora y ponzoñosa de las alusiones, de las personalidades, del libelo.

Y alcanzó éxitos, ganó dinero, popularidad... nombrada. Y el pobre maestro, que amaba en él su propia obra de regeneración, estaba tan ciego, que tomaba por agudeza el mal instinto, por desenfado la desvergüenza, y por genio satírico la sanada envidia espoleada por la feroz ambición.

Pero el áspid que el incauto había calentado en su seno acababa de levantar la repugnante cabeza y de morderle en medio del corazón!

—Ya ven ustedes—acabó Méndez-Alba hundiendo el rayo de su mirada en los extraviados ojos de Fonseca—como también los satíricos y desolladores tienen su punto vulnerable, su *talón de Aquiles*, que diría nuestro amigo.

Y aquí los ojos del maestro fulminaron tal descarga de ira sobre Fonseca, que el miserable se sintió herido, anonadado, perdido irremediablemente, por que su caída era mortal, eterna; y sin despedirse ni proferir disculpa, ni protesta, ni queja, vacilante y como empujado y barrido por la cólera del poeta, se lanzó á la puerta del gabinete y por ella salió para siempre del seno de toda sociedad honrada.

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ

SOLEDAD

Cuando, lejos del bullicio de la corte populosa, oigo atento la voz grave de la austera soledad, mientras luceante mis ojos, siempre espléndida y graciosas, la inmortal Naturaleza su imponente majestad;

me parece que la sangre que circula por mis venas, ya el vigor y la alegría difundiéndose por mi ser, y que el alma, quebrantando sus durísimas cadenas, puede el libre y raudo vuelo por la atmósfera tender.

Y á la par que, revestida de su pompa soberana, su belleza incomparable me descubre la creación, más hermosa y esplendente que la luz de la mañana, en mi espíritu extasiado resplandece la ilusión.

Y en un punto se confunden la fugaz y pasajera fortaleza y lozanía de mi ardiente juventud, del amor y la esperanza la perenne primavera, y del mundo, siempre joven, la fecunda plenitud.

Y sintiéndome arrastrado, como junco desprendido, que arrebata entre sus ondas rapidísimo raudal, en su indómita corriente me arrebata confundido el torrente desbordado de la vida universal.

Como río caudaloso que fecunda la pradera, y las márgenes reviste de hermosura y de verdor, la corriente de la vida, que circula por doquiera, engalana el universo con la dicha y el amor;

y doquier al difundirse, rumorosa y palpitante, hace al ave el blando nido de los árboles colgar, á la savia henchir las ramas y latir al pecho amante, entreabrirse á los capullos y á los gérmenes brotar.

No es la fiebre que, ardorosa, desordena y precipita de la sangre que se inflama la normal circulación, ni el latido descompuesto con que á intervalos palpita nuestro pecho estremecido por la indómita pasión.

Es un ritmo sosegado, cadencioso y uniforme, que á compás hace moverse desde el átomo hasta el ser, una fuerza que, enlazando lo pequeño con lo enorme, dominando á cuanto existe, lo consigue someter

á una ley inexorable que gobierna á un tiempo mismo á los mundos que recorren el espacio sideral, y al polípero incansable que en el fondo del abismo, invisible y persistente, labra escollos de coral.

Es un fuego tibio y suave que calienta y que ilumina, sin quemar con sus ardores ni cegar con su fulgor, cuya lumbre inextinguible, que ni crece ni declina, se refleja y reproduce, con distinto resplandor,

en el débil centelleo, con que irradia y fosforeece la luciérnaga que bulle bajo el cesped del jardín, y en el brillo de la estrella, que inmutable resplandece en el ancho firmamento sin barreras ni confin.

¡Oh inmortal Naturaleza! ¡Quién pudiera en fuerte abrazo á ti unirme, y olvidando la mundana agitación, descansar sobre tu seno, como el niño en el regazo de la madre que le arrulla con melódica canción!

Cuando absorbo en tu hermosura, si del mundo en que peleo dejo luchas y ficciones, y á tí acudo á recobrar con tu mágico contacto fuerza y vida, como Anteo la terrestre superficie con sus miembros al tocar,

contemplando el movimiento de las mieses ó las olas,

que impulsadas de la brisa por el soplo halagador, matizadas ó ceñidas por espumas ó amapolas, se columpian dulcemente con suavísimo rumor;

escuchando la armonía que producen los pinares, cuando fiero los sacude con su soplo el huracán, ó admirando sobre el ara de tus rústicos altares la fulgente y destructora llamarada del volcán;

al gozar tanta hermosura con el alma y con los ojos, exaltado y conmovido por febril admiración, que me rinde y me anonada, prosternándome de hinojos, adorando tu grandeza, te bendigo con pasión.

Mas mi espíritu, agitado por el dulce y vago anhelo, que despierta tu hermosura, se comienza á estremecer, y queriendo de sus alas ensayar el libre vuelo, se revuelve y forcejea, sus prisiones por romper.

Y levanto, mientras vibra como lira que resuena, inflamado el pecho mío por ardiente y nuevo amor, el espíritu y los ojos á la bóveda serena, que ilumina de los astros el espléndido fulgor.

Así, en medio de la selva frondosísima y salvaje, que despliega y entrecruza de sus ramas el dosel, el espejo de sus aguas tiende el lago, y el follaje espesísimo y sombrío se refleja sólo en él.

Mas, si acaso, desgreñando la espesura, el bosque agita con su racha silbadora repentinamente vauvau, al través de la enramada, que entreabriéndose palpita, el azul resplandeciente de la bóveda infinita del sereno y limpio lago se retrata en el cristal.

Manuel de Sandoval.

EL LEUCADE

(CUENTO GRIEGO)

Para los tres hermanos
Alejandra Quintanar.

El famoso promontorio destacaba su silueta vigorosa sobre el purísimo celaje de una noche de estío; la hermosa Febea irradiaba con su carro en la mitad del cielo más hermosa que nunca; las demás estrellas permanecían sin brillo ante el fulgor de la gentil cazadora, que vertía su luz de plata en el mar Jonio, inmóvil á sus pies; arrancando de sus aguas reberberaciones luminosas de nácar, plata y marfil, semejantes á las que debía arrancar de su hermosa y funesta dueña, el espejo de Venus Afroditá.

La isla permanecía silenciosa; el templo de Apolo tenía sus pórticos cerrados; sólo se oía el ruido del mar, á veces murmurando suave ó estrullándose rugiente en la base cóncava de la roca, cuya atrevida cima parecía lanzarse al mar.

Lisipo, joven de gentil presencia, envuelto en un manto de púrpura y ceñidas sus sienes por una corona de mirto, caminaba por los linderos tortuosos de la playa con paso tan callado, tan callado... que no parecía sino una imagen movable del silencio. De cuando en cuando se detenía pareciendo interrogar con un gesto la magnitud del espectáculo ó el misterio del sitio. Su figura era atlética, sus líneas vigorosas y puras, sus cabellos negros, y más negros que sus cabellos, sus ojos, que parecían hijos de la noche; su tez pálida á la luz de la luna, debía ser morena á la luz del sol; un inmenso pesar se reflejaba en su semblante, y llenaba tanto con su presencia el trayecto, que parecía dejar á su paso una estela de juventud y de amor...

¡Ah, Nion, la ingrata!—decía deteniéndose.—¡La pérdida! Ahora... ¿Quién duda que ahora estará en los brazos de mi rival aborrecido, bebiendo amor de sus labios, temblando de voluptuosidad bajo el influjo de sus caricias... ¿bríos los cuerpos por el vino de Lesbos derramado á torrentes en la orgía? ¡Oh!... y una llama de odio y rabia se escapaba de sus ojos, que brillaban y se ennegrecían más y más...

Al fin, llegó á posar sus pies, calzados de coturno, en la base de la gigantesca roca y empezó á preparar. En brazos de otro... de otro—seguía murmurando, y una multitud de recuerdos enloquecía su imaginación.

¡Pobre Lisipo! Amante despechado, había decidido dar el famoso salto. Tenía una fe ciega en la eficacia del remedio, y pensaba encontrar en las agudas rocas de la playa ó la curación de sus heridas de amor, ó la muerte. ¡Todo antes que vivir con un amor sin esperanza!... La bella Nion entregada á otro, y él... sobrevivir á esa amargura... ¡Imposible! ¿Quién le había de decir á él, guerrero en Salamina, coronado en los juegos olímpicos, lleno de juventud, gloria y amor... á él, que tuvo en sus brazos los cuerpos palpitantes de deseo de las más famosas cortesanas... ¡á él! por quien lloraron de amor desde una reina hasta una esclava?... ¡Imposible soportarlo! O el olvido ó la muerte! ¡Vamos, que dejar Nion á Lisipo por un poeta trágico, feo y contrahicho, silbado cuantas veces intentó representar sus obras en el Teatro de Bacol!...

Lisipo no quiso inscribirse en el templo, ni dar el tremendo salto acompañado de los sacerdotes, ¿para qué? ¿Cuánto más original era buscar el silencio de la noche... y sin que nadie le viese... sin más compañía que el recuerdo de las infamias de su pérdida, dar su cuerpo al espacio, para ir en pos de la muerte ó el olvido?... Nadie intentó aquel remedio supremo con tanta originalidad; estaba satisfecho de su idea, pensando así que le sería propicia la diosa del amor... Sin embargo, á medida que escalaba la cumbre, sentía miedo; el espectáculo era cada vez más imponente, los murmullos de la noche llegaban á los oídos del infeliz amante como una suprema despedida. Se sentían, bastante lejos, los acordes cadenciosos y sensibles de una flauta, que para la desesperación de Lisipo sonaba como una burla ligera... A medida que subía, el mar era más inmenso y más inmovil, la línea del horizonte más ancha, el murmullo de las aguas, aunque más lejano, más unido y temeroso, el olor á mariseco más penetrante... la luz de la luna más clara, y el terror en el alma de Lisipo más grande... Así llegó á la cima, sintiendo la presión del vértigo y la garra del miedo en el corazón; pero no importaba, su férrea voluntad le encaminaba allí, el miedo estaba previsto, y para acallararlo escaba de entre los pliegues de su túnica unas tablillas donde había escrito los desdenes de Nion; la lectura de aquellas tablillas á la luz de la luna excitaba su ánimo y seguía... seguía... sintiendo oleadas de miedo y soplos de coraje...

En la cumbre ya, sin atreverse á mirar el peligro

de pie, tendió su cuerpo tembloroso en la pelada roca, y arrastrándose, asomó su cabeza y vió el abismo con ojos espantados, al mismo tiempo que el aire, más violento allí, agitaba sus cabellos, su manto y el mirto de su corona.

Miró aquel mar, y figuróse que allí, á la mañana siguiente, encontrarían su cadáver agujereado por aquellos agudísimos picos y aquella blanca espuma, envuélvóndole como un sudario...

Conturbósele la imaginación, y en la penumbra lejana creyó ver los espectros de tantos griegos infelices que, enamorados y locos, le precedieron.

Vió ondear con las olas las formas blancas y ligeras de Artemisa y Safo, y siguiéndolo, recordando tanta historia de amor que allí tuvo su desenlace, invocó los manes de los que, coronados de flores, murieron sin ventura, y derramó una lágrima por las innumerables que vertieron, antes que él, los que amaron sin esperanza...

Al fin, tras el súbito miedo vino el súbito valor, y decidióse á retroceder un poco para tomar carrera y entregar finalmente su desesperación á los dioses y su cuerpo á las alas del misterio...

Pero en aquel instante se sintió un gemido, un ¡ay! tiernísimo...

Lisipo se volvió rápidamente.

No sabemos si lo hizo por proporcionarse un pretexto para prolongar unos instantes su amarga vida, ó porque aquel gemido, tierno y debilitado, le inspirase simpatía ó curiosidad; el caso fué que se apartó del borde fatal y dirigió su vista al sitio de donde partió el gemido.

En una concavidad de la roca se distinguía un bulto blancuzco que se movía ligeramente.

Lisipo se acercó despacio, muy despacio, y con mucha precaución.

A medida que se acercaba se iba maravillando; figuróse por un momento si aquello sería una ninfa de Diana y se detuvo, temeroso de sufrir el mismo castigo que Acteón; pero al fin llegó á parecerle aquel misterio más humano que divino, y avanzó...

¿Qué impresión de sorpresa y hasta malestar se comparaba á la que sufrió Lisipo en aquel momento? Una joven hermosa, casi una niña, de formas escuriales yacia allí semidesmayada. ¡Qué hermosa!

Sus cabellos de oro, más que cabellos, parecían rayos de sol que el día dejó olvidados en el rincón de la roca; sus ojos de esmeralda estaban entreabiertos, sus labios húmedos y rojos dejaban ver una hilera de perlas menudas y apretadas; en sus cabellos se veían rosas blancas y rojas formando una corona; un giron transparente dejaba adivinar todas las delicadas y bellezas de aquel cuerpo juvenil y sonrosado. ¡Ni Fidias, ni Praxiteles, soñaron jamás con tanta belleza reunida! Lisipo permanecía atónito, suspenso, con la mirada fija en aquel ser magnífico y juvenil, que hubiera dado envidia á la misma Dafne.

La niña fué volviendo poco á poco á la vida... restregó sus ojos con sus dedos, suspiró, vió á Lisipo y lanzó un grito...

—¿Quién eres?—dijo temerosa...

—Lisipo de Atenas...—contestó el joven con voz apagada.

Pasó un momento.

—¿Dónde estoy?

—En la cumbre del Léucade.

La niña se dió perfecta cuenta, recordó, é incorporóse súbitamente llena de miedo.

Al mismo tiempo, unas formas blancas y pequeñas se movieron revoloteando...

Un grito de susto se escapó de los dos pechos.

—¿Qué es esto?—dijo Lisipo.

—Palomas blancas, contestó débilmente la niña, que he sujetado á mi cintura para hacer más suave y dulce mi caída...

—¿Luego tú también eres desgraciada?

—Sí.

—¿Cuál es tu nombre?

—Ericné.

—¿Dónde naciste?

—En Chipre.

—¿Y vienes?...—preguntó Lisipo con voz temblorosa.

—A morir al Léucade—dijo Ericné,—ó á hallar el remedio de mi mal amoroso...

—¿Ahora?

—Ahora; me acerqué al borde, ví el abismo, tuve miedo y me desmayé; luego viniste tú...

Y la niña acariciaba el cuello de una paloma. Lisipo, profundamente impresionado por la voz musical y candorosa de Ericné, siguió preguntando:

—¿Y cómo en la soledad y silencio de la noche has osado venir hasta aquí? ¿Qué te animó?

—El odio y el despecho!

—¿Y no sabes que para hacer esta prueba suprema hay que ir al templo, inscribirse y venir hasta aquí acompañada de los sacerdotes, y en plena luz del día arrojarse al mar?

—Sí; pero pensé que el sacrificio, así, sola, y en el misterio de la noche, me haría más propicia á la diosa del amor...

—¿Rara coincidencia—pensó Lisipo, confuso y perplejo: he aquí á Ericné que se me anticipaba... ¡Oh, la originalidad!

—Cuánta... cuánta...—dijo Lisipo un poco más repuesto.

Y la niña le contó una historia de amor desgraciado. Abandonada y sola por un ingrato, había pensado en el Léucade como último remedio. A su vez pidió á Lisipo el relato de sus penas, y Lisipo le dijo su historia dolorosa, y enseñó á la niña las tablillas donde estaban escritas las perfidias de Nion. Ericné se sorprendía de haber coincidido con Lisipo, sus voces se confundían... y aunque las historias eran las mismas y las penas de ambos iguales, ninguno de los dos lo quiso conocer, y cada uno pensaba de su mal que era superior al del otro y del ageno que eran pequeños los sufrimientos, frítiles los motivos y necio correr á una muerte cierta por causa semejante.

Un ave marina pasó rápidamente por cima de las cabezas de los jóvenes, la flauta lejana se sentía aún, y al terminarse entrambos las historias, había en los labios de cada uno una sonrisa inmóvil... que estaba muy cerca del placer y bastante lejos de la muerte.

Lisipo rompió la pausa.

—Y...—dijo con voz ronca—¿no has agotado todos

los medios de consuelo, antes de acudir á esta resolución extrema?

—Todos, inutilmente.

—¿Todos?

—Sí.

—¡Por Júpiter!—dijo Lisipo.—¿Y no te queda ninguno?

—Sí, sí, me queda,—repuso Ericné—consulté un oráculo, y...

—¿Qué?

—Me dijo que probase la infidelidad...

La voz de la niña era insinuante... leve...

—Y... ¿no has probado?

—No, ¿y tú?

—Tampoco.

Las lenguas volvieron á callar, pero los rostros se aproximaron.

—Yo,—dijo la joven con voz vibrante—no he recurrido á esa prueba, porque la juzgaba inútil; la vida me era penosísima, no creí que sería posible...

—Posible...—dijo Lisipo, más emocionado que nunca...

Los murmullos del mar ya no se oían, ni la flauta lejana, ni el revolotear de las aves marinas, ni la luz de la luna se veía... La respiración de los jóvenes se hacía más fatigosa, la mirada más brillante, los labios se aproximaron tanto... tanto... que sonó un beso; y los cabellos de ébano del hijo de Atenas se enredaron amorosamente con las guedejas de oro de la hija de Chipre; las palomas picotearon las famosas tablillas de Lisipo, y ¿qué más? la casta, la hermosa Diana, quedó eclipsada por una nubecilla ligera...

Y...

Dícese que Vénus, fuertemente interesada por el desenlace de esta pequeña historia, estaba en las márgenes del Meandro esperando nuevas, tendida en un suave lecho de anémonas, entreteniéndose su impaciencia en ver como unas mariposas amables se divertían con sacudir los polvillo de oro de sus alas sobre su seno de rosa y nieve... Llegaron por fin las áuras mensajeras del suceso, y la diosa sonrió... En sus oídos, con los murmullos de la noche, se posaron rumores de besos y caricias tan voluptuosos... como aquellas caricias y besos que debieron darse, en su palacio maravilloso, su hijo, el travieso diosencillo Amor y la linda y desgraciada Psiquis.

FEDERICO OLIVER.

En nuestro número próximo publicaremos originales de Jacinto Octavio Picón, Miguel Ramos Carrión, Eusebio Blasco, Luis Terán, El Diablo Cojuelo y José de Laugi.

AL TERRENO DEL HONOR

Hace ya días que no se habla de lances de honor.

Con los lances ocurre algo parecido á lo que sucede con la gripe. Se pasan dos ó tres meses sin que nadie tosa, ni se fatigue, ni tenga que tomar flores cordiales, y de pronto comienza todo el mundo á sentir dolores en los huesos, á perder el apetito y á notar que se le humedece la nariz por la parte interior, hasta que el *Siglo Médico* declara oficialmente que ha llegado la gripe con todos sus horrores. Cuanto á los lances de honor, sucede lo mismo. El hombre se pasa una gran parte de su existencia aguantando tonterías y dejando que ofendan su físico, y de la noche á la mañana varía radicalmente de carácter y ¡pum! Le suelta una bofetada á uno porque le ha llamado feo.

El abofeteado exige una reparación «en el terreno de las personas decenas»; surge el inevitable desafío, y los periódicos dan cuenta del suceso de un modo embozado; verbigracia:

«Parece que la cuestión suscitada en la noche del martes en el café de Londres entre los distinguidos jóvenes Sres. Pérez y Piriz tuvo ayer honrosa solución en una quinta situada en las inmediaciones de esta capital.»

Y más abajo:
«Examinando ayer unos sables los conocidos jóvenes Sres. Piriz y Pérez, en presencia de cuatro amigos, resultó el Sr. Pérez con una herida en la parte baja de la nariz que le interesa el bigote y parte de la perilla.»

En cuanto se publican dos ó tres sueltos como éste, desarrollase el contagio y no pasa día sin que ocurra algún desafío con ó sin derramamiento de sangre.

Hay épocas en que todo el mundo se siente digno. Llega usted á Apolo y se posesiona de su butaca. No ha hecho usted más que sentarse y entra un caballero con cara de gato diciendo al acomodador:

—Ese caballero está ocupando mi sitio. ¡Que se levante!

—Será si quiero—contesta usted—porque esta butaca es mía.

—¿De usted? ¡Falso!

—¿Falso yo? Tome usted mi tarjeta.

Lance.

En otra butaca un pollo mira con los gemelos á una señorita que se sienta en el palco. Viene otro pollo y dice:

—Esa señorita es mi novia.

—¿Y qué?

—Que no quiero que nadie la mire.

—Pues yo la miro porque me da la gana.

—Es usted un insolente.

—Y usted un mico.

—Y usted un escrofuloso sin educación.

Lance.

Los hombres de ciencia atribuyen estos sucesos al estado de la atmósfera y á la alimentación, y debe ser verdad.

Cuando reina el viento seco ó se abusa de la carne estofada, parece que está uno predispuesto á matarse con cualquiera y que le urgan en la delicadeza con una pajita.

Ni aun las personas de carácter pacífico pueden sustraerse al influjo atmosférico y al del estofado.

Y si no véase el siguiente ejemplo:

D. Ursulo tiene un callo conocido de todos sus compañeros de oficina, pues á él le brotó el mismo año en que hicieron ministro á Capdepon por primera vez.

Todos los funcionarios que han pasado por Hacienda han tenido necesidad de pisar el callo de D. Ursulo, porque como es el empleado que mas bule, siempre están tropezando con aquellos pies, que parecen dos cartucheras.

Dispense usted—le decían los compañeros cada vez que le aplastaban el callo.

—Eso no vale nada—respondía él sonriendo.